



# EL VALLE DE LOS MUERTOS VIVIENTES

(LA COMEDIA SALVAJE RELOADED)

*José Ovejero*

**lamarea** EDICIONES  
ERIZIANES



---

EL VALLE DE LOS  
MUERTOS VIVIENTES  
(LA COMEDIA SALVAJE RELOADED)



José Ovejero es escritor. Ha publicado novelas, libros de relatos, poemarios y ensayos. Colabora con La Marea y con otros medios. Su última publicación es el libro de relatos *Mundo extraño*. *El Valle de los muertos vivientes* es su tercera obra de teatro.

---

EL VALLE DE LOS  
MUERTOS VIVIENTES  
(LA COMEDIA SALVAJE RELOADED)

*JOSÉ OVEJERO*

Fotografía de cubierta:  
Álvaro Minguito

**lamarea** EDICIONES  
ERIPANES

**Primera edición:** marzo de 2019

**Autor:** José Ovejero

**Fotografía de portada:** Álvaro Minguito

**Edita:** Cooperativa MásPúblico

**Diseño:** Xavi Isern

Copyleft CC-BY-SA

**ISBN:** 978-84-09-10156-6

## **Personajes**

Obrero 1  
Obrero 2  
Hombre con abrigo y paraguas  
Franco  
Mujer 1  
Mujer 2  
Apuntador  
Miliciano 1  
Falangista  
Miliciano 2  
Millán-Astray  
Soldados del pelotón  
Teniente  
Muerta  
Marido de la Muerta  
Capitán Aguilera  
Fantasma de Durruti  
Cura  
  
Coro griego

*(Tal como está estructurada la obra, algunos actores pueden hacer más de un papel).*



---

## EL VALLE DE LOS MUERTOS VIVIENTES (LA COMEDIA SALVAJE RELOADED)

JOSÉ OVEJERO

El escenario está casi vacío. A la izquierda hay un montón de sacos terreros en semicírculo y a la derecha otro casi idéntico. El costado derecho del escenario está formado por una pared con nichos.

En el proscenio, a la derecha, está el cubículo del autor/apuntador, que, en lugar de dar la espalda al público, es oblicuo y abierto hacia las butacas. El autor/apuntador aparecerá ya empezada la obra, encenderá una lamparita, se acomodará, apagará la lámpara y seguirá la obra, a veces con atención, a veces dormitará, a veces soplará a los actores, su papel o alguna información relacionada con él. Cuando interviene enciende su pequeña lámpara.

---

# PRIMER ACTO

Salen dos obreros llevando todas las herramientas que necesitarán más tarde. También sacan al escenario un par de sacos de cemento y de arena, y un cubo con el que llevarán agua cada vez que la necesiten. Empiezan a amontonar ladrillos.

Lo ideal es que se trate de albañiles auténticos, no de actores. Empezarán a construir en el centro del foro algo que al principio no se podrá identificar. Mientras construyen estarán en general ajenos a lo que sucede en el resto del escenario, salvo en algún momento en que suspenderán sus movimientos para esperar el desenlace de una discusión o de una escena. Sólo hablará uno de ellos en una ocasión. Los actores que participan en la obra de vez en cuando interrumpirán lo que estén haciendo para acercarles un saco de cemento, unos ladrillos, un cubo de agua..., otras veces lo harán mientras continúan hablando y actuando.

Ambos empiezan a preparar el hormigón con palas. Harán la mezcla de cemento, arena y agua sobre el escenario.

Entra el coro griego. Son seis, hombres y mujeres, vestidos con túnicas blancas. Se colocan frente al público divididos en dos grupos de tres. Mientras se disponen sobre el escenario, entra un hombre con sombrero y paraguas, que se detiene y se queda observando al coro. Primero hablarán tres miembros del coro, después los otros tres e irán alternándose hasta el final.

CORO 1: Escuchad hombres de esta República...

CORO 2: Y mujeres de esta República...

---

CORO 1 y CORO 2: En este país hubo una guerra. Una guerra fratricida. Los padres mataron a los hijos y los hijos a los padres, los hermanos degollaron a sus hermanos. Oh, ciudadanos, no hubo guerra más atroz sobre este suelo.

CORO 1: Eran tiempos en los que un gobierno injusto despojaba de sus bienes a los más nobles y amenazaba con sembrar el terror y encerrar en sus cárceles a sus enemigos.

CORO 2: Eran tiempos en los que el egoísmo cundía y el que tenía tierras no daba al pobre ni una hogaza de pan, tiempos en los que los soldados afilaban los cuchillos en los cuarteles, dispuestos a acabar con un gobierno de hombres y mujeres justos.

CORO 1: Así que un puñado de hombres...

CORO 2: Y mujeres

CORO 1: ...valientes se alzó para devolver la fe y la tranquilidad a los ciudadanos.

CORO 2: Así que una banda de desalmados, famosa por haber sembrado el terror al otro lado del Mediterráneo, se levantó en armas contra el gobierno legítimo...

CORO 1: Y se lanzaron a liberar el país de las hordas comunistas, que, sedientas de sangre, y aliadas con el judaísmo y la masonería, amenazaban con destrozarlo.

CORO 2: Y se lanzaron a una operación de exterminio en la que asesinaron y violaron y fusilaron sin juicio a todo aquél que no se humillase en su presencia. Cometieron masacres en plazas de toros, en pueblos, en ciudades.

---

CORO 1: Y lucharon con heroísmo mientras los esclavos de Stalin quemaban iglesias, y asesinaban sacerdotes, y violaban monjas y fusilaban a todo el que defendía su fe y sus valores.

*(Las dos partes del coro hablan con cada vez más rabia; poco a poco han ido separándose más y enfrentándose.)*

CORO 2: Pero el Gobierno legítimo no cedió a la estrategia del terror. Y mantuvo leyes justas, y se esforzó por respetar los tratados, aunque durante el desorden de la guerra no pudiesen impedir crímenes y desmanes de sus aliados.

CORO 1: Tres años de entrega y sacrificio costó a aquellos valientes liberar el país e instaurar la hermandad y la paz entre los hombres.

CORO 2: ¡Y las mujeres! No, mentira, no hubo paz ni hermandad, sino represión, persecución, juicios sumarísimos, exilio. Los más grandes sabios huyeron del país o fueron encarcelados. Hubo depuraciones y expolios.

CORO 1: Y reinó la justicia.

CORO 2: Y reinaron la opresión y la venganza.

*(Los miembros de las dos partes del coro empiezan a sacarse a empujones del escenario.)*

CORO 1: Superada la guerra, el país entró en una etapa de bienestar y progreso como no se había conocido jamás en estas tierras. El Caudillo de esta gesta era amado por el pueblo, que le agradecía no sólo el pan, también los valores que defendía de forma ejemplar.

CORO 2: (Se adelanta uno de los miembros de esta parte del Coro. Habla sólo él.) Y enterraron en las cunetas a aquellos que habían asesinado

---

para que no se conociesen sus crímenes, e impusieron el silencio por medio del terror.

CORO 1: El país se convirtió en un baluarte para defender los valores más sagrados en todo el continente. No ha habido gobierno más ejemplar y justo.

CORO 2: No contentos con traer la persecución y el exterminio a su país, se aliaron con los asesinos de otros países para proseguir la matanza.

CORO 1: (Habla sólo otro de ellos.) Porque no podían hacer otra cosa, nos salvaron de una guerra aún peor.

CORO 2: Ya se habían aliado con los peores fascistas durante la guerra.

CORO 1: Porque los otros se habían aliado con los comunistas.

CORO 2: Asesinos. Asesinos. Asesinos.

CORO 1: Rojos de mierda. Iros a Cuba. Iros a Venezuela.

*(Acaban por salir del escenario. Aún se oyen unos momentos sus voces e insultos.)*

HOMBRE CON ABRIGO Y PARAGUAS: (Al público.) Pero entonces, lo mismo da un bando que otro. Todos han cometido atrocidades. Unos y otros son iguales.

OBRERO 1: (Deja lo que estaba haciendo y se acerca a él a grandes zancadas. Lo coge por las solapas y lo zarandea.) ¡No son iguales! ¡Ni se te ocurra volver a decir eso! NO SON IGUALES. Mira bien, míralo todo con atención y lo verás. (Le suelta, le coloca las solapas bien. Le da una palmadita. Al público, tristemente.) Lo que pasa es que los peores de todos los bandos siempre se parecen.

---

El otro obrero sale, y regresa al momento empujando una hormigonera. La pone en marcha, pero al poco tiempo se detiene. Los dos obreros se acercan a ella, la inspeccionan, le dan unos golpecitos como si con eso la pudiesen arreglar. El obrero que la había sacado al escenario se la vuelve a llevar. Se abre una trampilla en el suelo y aparece Franco (lleva media careta que reproduce los rasgos del dictador hasta la nariz.)

FRANCO: ¿Pero qué escándalo es éste? Qué pesadez. ¡Carmen! ¡Carmen! No sé dónde se ha metido esta mujer. Así no hay quien descanse en paz. Y eso que yo di a los españoles treinta y cinco años de paz, pero a mí no me dejan dormir tranquilo ni cinco minutos. Pueblo de desafortunados. (Uno de los obreros se acerca con un martillo en la mano. Lo escucha un momento.) ¡Carmen! Nada, que no aparece. Yo, que he mandado en todo un país, no puedo ni mandar en mi casa. ¡Luis! Luisito, coño, que te estoy llamando. (Al público). Yo no sé si Luis va a ser un buen sustituto cuando yo me vaya. Siempre está en las nubes.

(El Obrero cierra la trampilla con el pie y la pisa haciendo desaparecer a Franco. Saca clavos del bolsillo y condena aparentemente la trampilla a martillazos.)

FRANCO: (Desde el subsuelo, con voz lejana.) Pero dejen ya de hacer ruido. ¿Tienen que dar esos golpes? No son horas. No me dejan descansar. ¡Serenos! ¡Serenos!

(El obrero vuelve a su trabajo al fondo del escenario. Entran cinco personas. Son tres milicianos (dos hombres y una mujer,) un falangista y una mujer con una bata de presidiaria; los dos milicianos se acomodan en una de las trincheras, el falangista en la otra; las dos mujeres se quedan paradas, cada una a un lado del escenario.

Las dos mujeres empezarán hablando en voz más bien baja e irán suabando el volumen muy poco a poco durante todo su discurso.)

---

MUJER 1: Mi pueblo sólo tenía cien habitantes. Ser alcalde era como ser el presidente de una comunidad de vecinos. Los hombres casi se iban turnando. Salvo alguno que era muy vago o que no estaba del todo en sus cabales, yo creo que todos los hombres llegaban a alcaldes en algún momento de su vida. A las mujeres no nos interesaban esas cosas o no teníamos tiempo. O quizá a nadie se le ocurrió que una mujer pudiese ser alcaldesa.

MUJER 2: En la cárcel donde yo estaba había pocas mujeres. No creo que más de veinte y casi ninguna por delitos comunes, salvo una extremeña que había matado a su marido cuando volvió a casa borracho y quiso abusar de ella. Merecido se lo tenía, el cerdo. Merecido se lo tienen todos los hombres. Habría que destazarlos. Habría que caparlos.

MUJER 1: A mi padre le había tocado ser alcalde el año anterior y todavía lo era cuando empezó la guerra. Él era del PSOE porque su padre le apuntó en cuanto tuvo la edad, pero si le preguntaban si era socialista él decía que era herrero y que con ser una cosa ya había cumplido uno con la vida.

MUJER 2: A mí me metieron en la cárcel porque me peleé con una vecina, que era comunista, y le dije a los gritos que a mí los comunistas no me habían dado de comer, pero que en la casa en la que servía al menos la comida me la daban. Bueno, y por alguna otra pelea que no tiene sentido contar ahora.

MUJER 1: Cuando entraron los nacionales... (hace una pausa, parece que le cuesta continuar.)

APUNTADOR: Cuando entraron los nacionales en el pueblo lo primero que hicieron fue venir a mi casa... (duda)

MUJER 1: Cuando entraron los nacionales en el pueblo lo primero que hicieron fue venir a mi casa y llevarse a mi padre. Se lo llevaron a ras-

---

tras, porque él no quería dejarnos solas a mi madre y a mí y el pobre hombre se resistió como pudo. Pero ellos eran siete u ocho. La emprendieron con él a culatazos. Creo que le dieron... (duda)

APUNTADOR: Creo que le dieron el tiro en la cabeza...

MUJER 1: Creo que le dieron el tiro en la cabeza antes de llegar a la tapia del cementerio, que es a donde se llevaron a los demás que encontraron, porque decían que en un pueblo con alcalde socialista la mayoría teníamos que ser socialistas por fuerza.

MUJER 2: Al principio no me trataron mal, quiero decir, no peor que a las demás. Nos daban gritos, empujones, algún golpe si no hacíamos lo que decían, pero nos dejaban casi todo el día tranquilas. Fue cuando las cosas empeoraron en Madrid que empezó lo más duro. Ahí sí que se torció todo. Al menos para mí.

*(Las dos mujeres se quedan mirándose un rato. Luego miran al suelo. Después se sonríen tímidamente.)*

MUJER 1 A mi madre y a mí nos dejaron quedarnos en casa. Teníamos que hacerles de comer y prepararles camas. El segundo día se me acercó un sargento y sin decirme nada me dio un puñetazo y me arrastró a la cama. Me arrancó la ropa y me violó. Luego me dijo que era una puta porque no me había resistido lo suficiente. Que lo estaba deseando. Y que por eso iba a llamar a los demás.

MUJER 2 Fue entonces cuando empezaron a dar premios a los que se comportaban de manera heroica en la defensa de la ciudad. La primera vez no entendí cuando abrieron la celda y un miliciano sonriente me enseñó un papelito. Como estaba muy arrugado y algo sucio me costó un rato descifrarlo. Era un vale para acostarse con una fascista. Pero ¿tú estás tonto? ¿Tú crees que me voy a acostar contigo porque lo ponga en ese papel? El campesino aquel se fue muy desilusionado.

---

Lo mismo se creía que había sido una broma de sus compañeros. Pero no había sido una broma. Para decir la verdad: no me golpearon. Nadie me golpeó. Eso no. Tan sólo dejaron de darme de comer. Comía lo que mis compañeras me traían, a escondidas, porque lo tenían prohibido.

MUJER 1: Y llamó a los demás. Varios días seguidos. Venían y me violaban, por turno, disciplinadamente, como soldados. Yo ya casi ni salía de la habitación. No tenía fuerzas. Mi madre a veces venía y me lavaba, sin una palabra. Mi madre. Los ojos de mi madre haciendo aquello como si no le doliese. Como si no me viese. Y yo prefería que no me viese.

MUJER 2: Yo podría haber aguantado más, en serio que por mí habría resistido. Pero mis compañeras estaban renunciando a parte de su ración por mi culpa. El miedo se aguanta, una puede vencerlo. La culpa no, la culpa está ahí todo el rato, en las miradas de mis compañeras, aunque no quisiesen. Cada vez que una daba un suspiro, o tropezaba, o incluso si tosía, yo pensaba: es mi culpa, es sólo culpa mía. En esos momentos yo no pensaba que los culpables de verdad eran otros. Solemos sentirnos culpables no de lo que hacemos, sino de lo que nos han hecho.

MUJER 1: Había un suboficial, no, oficial era, creo, un alférez. El que los mandaba. Él no hacía el turno con los otros para violarme. Cuando me arrastraban al cuarto él tenía siempre una expresión triste, como si le doliera pero no pudiese hacer nada por mí, y seguía leyendo en un librito con tapas de cuero. No sé leer, así que tampoco sé qué leía él; yo esperaba que fuese algo religioso. Y confiaba en que un día dijese algo, que prohibiese a sus hombres seguir violándome, incluso que los castigase.

MUJER 2: Llegaban como niños que han ganado una rifa. Sonrientes, con el boleto en la mano, me lo enseñaban como esperando que yo me alegrase con ellos. Se quitaban la boina o la gorra. Esperaban con ella

---

en la mano a que me desnudase. Alguno se daba la vuelta mientras lo hacía. Pero después...

APUNTADOR: Pero después eran todos iguales...

MUJER 2: ¡Ya sé cómo sigue! ¡Soy yo la que estaba allí! ¿O vas a contar tú la historia? ¿Te follaron a ti todos esos labriegos, esos mecánicos, te rasparon sus manos ásperas, te las introdujeron a ti en tu cuerpo? ¿Te llenaron la cara de babas? Entonces cállate. (Calla unos segundos para recuperar la compostura. Continúa, en voz alta, casi a gritos). Pero después eran todos iguales. Me toqueteaban con sus manos ásperas, me manchaban de saliva, me raspaban con sus mejillas sin afeitar, me decían cerdadas en el oído... Luego, cuando había acabado, alguno me acariciaba la cabeza, como para consolarme. O me preguntaba si me había gustado, si lo había pasado bien. Yo les daba igual. No podían de verdad creer que me hubiese gustado aquello. ¿Cómo lo van a creer? Lo único que querían era tranquilizar su conciencia, esos hijos de puta.

MUJER 1: (Repite, en voz más baja, mirando a la otra mujer). Me toqueteaban con sus manos ásperas, me manchaban de saliva, me raspaban con sus mejillas sin afeitar, me decían cerdadas en el oído... (se vuelve hacia el público) Yo seguía aún esperando que ese hombre joven que leía en su libro con pastas de cuero, y que podría haber sido poeta o sacerdote, les ordenase parar, que me dejaran tranquila. Pero no dijo ni ordenó nada. Ni siquiera cuando el último día, después de amontonar toda su impedimenta delante de la puerta de la casa, volvieron todos a hacer cola. Todos, uno por uno.

MUJER 2: Todos, uno por uno.

MUJER 1: Todos, uno por uno. Ya sin cerrar siquiera la puerta, como si esperasen al autobús o para entrar en un urinario. Cuando terminaba uno, se subía el pantalón y entraba el siguiente; me limpiaba con un pa-

---

pel los restos del anterior y se abrió la bragueta. Ya ni me insultaban, ni me zarandeaban. Era como si yo no estuviese allí. Yo sólo era ese trozo de cuerpo que necesitaban para hacer sus necesidades. Y entonces uno dijo: mi alférez, ¿no quiere usted catarla? Mire que es el último día y luego ya no va a tener oportunidad. Y se rieron.

MUJER 2: Y se rieron. Todo les hacía siempre tanta gracia, era todo tan, tan divertido, era un jolgorio continuo, y hasta esperaban que te rieses con ellos. Venga, mujer, no pongas esa cara que no hay para tanto.

MUJER 1: Y llegó el joven, el poeta, el sacerdote, con el libro en la mano y con un dedo entre sus páginas para marcar por dónde iba, hay que ver, en esos detalles repara una en momentos así. Sonreía, tenía un algo romántico, melancólico, a mí me habría gustado un hombre así. O eso pensaba. Echó un vistazo desde la puerta, dijo...

MUJER 2: Dijo...

MUJER 1 Y MUJER 2: Bueno, es el último día, hay que celebrarlo. Hay que celebrar todos los últimos días, porque no sabemos cuántos nos quedan por vivir.

MUJER 1: Pero yo, y se señaló el pecho, yo voy a usar la entrada de oficiales, dijo. Y al principio no entendieron y no entendí. Entonces dijo: dádmela la vuelta. Eso dijo, dádmela la vuelta. Y yo me resistí, no sé por qué me resistí si ya hacía días que había dejado de hacerlo. Pero luché para que no me tumbasen boca abajo sobre el colchón. Eso me parecía que sería la humillación definitiva, la que acabaría por destruirme. Y él, el oficial, se puso detrás de mí y me cogió del pelo y apretó mi cara contra la almohada, asfixiándome, yo pensé que iba a morir mientras me violaba, yo, luchando no ya por defenderme, sólo por respirar, para no morirme con ese hombre encima rompiéndome por dentro. Sólo por respirar, por sobrevivir, porque no quería morirme así, quería morirme después, después sí, quería morirme cuando todos se hubiesen

---

ido, pero él seguía allí encima y allí dentro. Y lo demás... (Lucha contra las lágrimas. La otra mujer también.)

APUNTADOR: (Como susurrando.) Y lo demás no voy a contarlo.

MUJER 1 Y MUJER 2: (Van las dos al centro del escenario. Se abrazan. A gritos.) ¡Lo demás no vamos a contarlo!

*(El Miliciano 1 se pone a dar gritos, inarticulados al principio. Se levanta.)*

MILICIANO 1: ¡No se puede vivir así! ¿Por qué contáis esas historias? Ya pasaron, coño, ya pasaron.

FALANGISTA: Todo eso sucedió hace mucho. Hace mucho tiempo. Y estáis aquí. Y tendréis hijos. Y saldréis sonriendo en las fotos. Y nadie querrá oír vuestra historia y vosotras estaréis aliviadas de que no os pregunten, de que nadie os obligue a recordar. Hay que vivir.

MILICIANO 1: Hay que seguir viviendo. Para eso luchamos. Incluso ellos luchan para eso. (Señala al falangista.) Olvidar, olvidarlo todo. Para eso también luchamos. Porque sin olvidar no es posible vivir. ¿Lo entendéis? Sólo el olvido nos permite levantarnos cada mañana y mirar a la gente a la cara.

FALANGISTA: No podemos quedarnos anclados en el pasado. Reabrir una y otra vez las heridas.

TODOS, MENOS LAS DOS MUJERES: Hay que dejar que los muertos entierren a los muertos.

(Las dos mujeres escupen cada una hacia uno de los hombres que han hablado antes y se van al fondo, muy juntas. Regresarán a la trinchera después de un tiempo. El Miliciano 1 se va hacia la pared de la derecha, abre un nicho y se mete en él. Se levanta la trampilla de la que había

---

salido antes Franco, y el dictador vuelve a asomar la cabeza. Mira a su alrededor.)

FRANCO: ¿Es que no se van a callar nunca? ¿No pueden hablar sin gritar? No se puede pegar un ojo en este país. Los españoles siguen gritando como cabreros. Y esas mujeres. Qué pesadez. ¿Por qué no se las llevan sus maridos? ¿Es que no tienen niños que cuidar? Las mujeres nunca paran de hablar. Carmen tampoco. Menos mal que es muy rezadora y cuando reza sólo bisbisea.

*(Sale de la trampilla con el sudario puesto. Se pasea a cuatro patas por el escenario; después se asoma a la trampilla y saca un fajín, un sable y una gorra de plato. Se los pone. Se dirige al proscenio, ensayará ante el público su gesto habitual de subir y bajar la mano mientras pronuncia un discurso.)*

FRANCO: Les voy a confesar una cosa. A mí nunca me han gustado las mujeres. Lo que de verdad me gustaba era el fútbol. Yo era del Real Madrid. Como ustedes. Porque supongo que serán del Real Madrid. Yo creo que todo el mundo es del Real Madrid. Salvo los que odian a España. A mí me gustaba mucho ver los partidos en la tele. Cuando llegó la tele, que la traje yo a España, y eso no me lo agradece nunca nadie; antes tenía que oírlos por la radio. Pero uno no puede hacer lo que quiere, no puede ver el fútbol, o el cine, que también me gustaba mucho, ver películas americanas, o españolas, pero españolas de verdad... (Se interrumpe, vuelve a ensayar el gesto.) Españoles... Quien recibe el honor y acepta el peso del caudillaje, en ningún momento puede acogerse legítimamente ni al relevo ni al descanso... (Al público.) Pero ¿qué descanso?, si no lo dejan a uno ni cerrar los ojos. (Otra vez en modo de discurso.) Ha de consumir su existencia en la vanguardia de la empresa fundacional para la que fue llamado por la voz y la adhesión de su pueblo...

MILICIANO 2: (Interrumpiéndole.) Franco era un asesino.

---

FRANCO: Y éste, ¿por qué habla de mí en pasado?

MILICIANO 2: Ya lo era antes de la guerra.

FRANCO: Ah, antes.

MILICIANO 2: Aquí donde le veis, cortaba orejas a los africanos. Y la cabeza de los cadáveres. Y fusilaba como un loco.

APUNTADOR: (Citando de la primera edición de "Diario de una bandera" con el tono de quien cuenta un cuento.) El pequeño Charlot, cornetín de órdenes, trae una oreja de un moro, "lo he matado yo", dice enseñándola a los compañeros. Al pasar un barranco, vio un moro escondido entre unas peñas y encarándole la carabina, le subió al camino junto a las tropas; el moro le suplicaba: "¡Paisa no matar, paisa no matar!" "¿No matar?, ieh!, marchar a sentar en esta piedra", y apuntándole descarga sobre él su carabina y le corta la oreja que sube como trofeo. No es ésta la primera hazaña del joven legionario.

FALANGISTA: Pero era cristiano. Era un buen creyente.

FRANCO: Qué manía de hablar de mí en pasado. Lo sigo siendo. Soy cristiano por la gracia de Dios. Yo me sabía el catecismo de memoria. ¿Eres cristiano? Soy cristiano por la gracia de Dios. ¿Qué significa ser cristiano? Ser cristiano significa ser discípulo de Cristo. ¿Cuál es la señal del cristiano? La señal...

*(Se oye un chirrido y se abre otra trampilla en el suelo del escenario. Todos se vuelven hacia ella, también los obreros. Se queda unos segundos abierta. Al fin asoma, aunque no entera, la cabeza de Millán-Astray, tuerto y con gorro de legionario. Sigue unos segundos medio agazapado, mirando a todos.)*

MILLÁN-ASTRAY: ¿Ha visto alguien mi mano izquierda? No encuentro mi mano izquierda.

---

*(Todos se interrogan con la mirada. Alguno hace el gesto de rebuscar en los alrededores. Niegan con la cabeza.)*

MILLÁN-ASTRAY: Yo antes tenía una mano también de este lado. (Levanta la manga vacía). No sé dónde habrá ido a parar. (Sale con mucho esfuerzo de la trampilla y se dirige al centro del escenario mientras inspecciona su propio cuerpo –Franco se ha retirado a un lado hablando solo, como si continuara recitando el catecismo-. Lleva un bastón en la mano derecha.) Tenía una mano izquierda y un brazo izquierdo. Pero ya no están. (Declamando.) El camino del samurái se encuentra en la muerte. (Otra vez más para sí.) Pero esto no es morir, esto es un despiece, como si fuese una res. ¿Y mi ojo derecho? ¿Ha visto alguien mi ojo derecho? También me falta un trozo de una pierna. Si quieren se la enseño. (Comienza a subirse la pernera, pero se interrumpe.) Lo que me inquieta es qué va a pasar después, cuando me muera, quiero decir. Seguro que no lo han pensado nunca, pero el día de la resurrección de la carne, ¿dónde voy a resucitar? ¿Van a resucitar todos mis miembros juntos o voy a ser como un mecano? Uno aquí, otro más allá, otro a diez kilómetros. ¿Voy a ser tuerto en el paraíso? Ja, ustedes se ríen, pero es un asunto muy serio. Por cierto, ¿se comerá bien en el otro mundo? (Declamando.) El samurái se limpia con el mondadientes aunque no haya comido. Por dentro, pellejo de perro; por fuera, piel de tigre.

MUJER 1: Éste no ha perdido sólo la mano, lo que ha perdido es la chaveta.

MILLÁN-ASTRAY: A ver qué les parece éste. (Declamando otra vez.) El camino del Samurái consiste en la desesperación. A un hombre desesperado no lo matarán diez o más enemigos juntos. El sentido común no consigue hacer grandes cosas. Sencillamente, vuélvete loco y desesperado. (Asiente con la cabeza.) Sabias palabras. ¿Dejarán entrar a un loco en el cielo? ¿Y si se volvió loco de adulto, ¿quién irá al cielo, el cuerdo que fue o el loco en el que se convirtió? Hay que joderse, qué complicado es todo.

---

*(Franco se arrodilla junto a la trampa y mete la cabeza y los brazos en ella; saca un transistor, lo sintoniza y se pone a escuchar un partido de fútbol. Todos le miran irritados.)*

FRANCO: Perdón. (Se pone unos auriculares y sigue oyendo la retransmisión.)

MILLÁN-ASTRAY: Seguro que piensan que estas cosas sólo me interesan a mí, pero deberían preocuparles también a ustedes. Porque tampoco saben cómo van a llegar al otro lado. ¿Qué edad van a tener? ¿Van a estar allí cantando las alabanzas del señor con hipertrofia de próstata? ¿Con hemorroides? ¿Y las mujeres a las que han amputado un pecho, eh, lo recuperan en el cielo, van a tener dos tetas o una? ¿Podrán caminar los parálíticos? ¿Van a recuperar la vista los jodidos ciegos o se quedarán sin visión beatífica? Hay que joderse. Lo mejor sería no morir nunca. Como yo, que sigo aquí dando saltos. Tan sólo me faltan unos trozos. Pero lo que más me preocupa es el brazo. ¿Dónde lo habrán enterrado? ¿Lo habrán enterrado con honores? ¿Habrán tocado el himno de la legión al hacerlo?

*(Comienza a caminar por el escenario, dando vueltas. Suena Sad Paloma, de Carla Bley, y él adapta el paso a la música. Va hasta donde se encuentra Franco, le quita de las manos el transistor, los auriculares de las orejas, los tira por la trampa. Pasa el brazo derecho por detrás de los hombros de Franco, quien a su vez lo toma por la cintura y levanta la manga vacía de su amigo para bailar con él. La luz sobre el escenario va volviéndose roja. Comienza a caer una lluvia de sangre –proyectada-. La música se detiene. Franco se separa de su compañero de baile, saca un paraguas de un lado del escenario. Da un par de pasos de claqué cantando con la música de Singing in the rain. Después desaparece cada uno en su trampa. Entonces un pelotón de cuatro soldados y un teniente avanzan por un pasillo del patio de butacas y sube al escenario. Los cuatro soldados forman de cara al público. El teniente, también de cara al público, tres pasos por delante de los soldados.)*

---

TENIENTE: Todos los hombres son culpables mientras no se demuestre lo contrario. Pero es difícilísimo demostrar la culpa. Se necesitan pruebas, cuando menos indicios razonables, testigos, víctimas manifiestas, documentos, abogados y jueces, procesos. Al final, qué cantidad de culpables acaban escapándose. Por eso los juicios sumarísimos son justos, también los fusilamientos sin juicio; es preferible matar a cien inocentes que dejar escapar a un culpable. Con eso estaba de acuerdo hasta la Pasionaria. Además, los inocentes no existen. El feto en el útero materno es inocente. Un bebé es inocente. Cuando empiezas a caminar y a hablar ya estás perdiendo la inocencia. Como muy tarde a los diez años ya no te queda ningún rastro de ella. La mano en el corazón: ¿hay alguien entre los que están aquí que sea de verdad inocente? Les dejo unos segundos para que se lo piensen; aprovéchenlos para meditar sobre su vida. ¿De verdad, de verdad son inocentes? (Calla durante unos segundos.) Piénsenlo, recuerden, hagan examen de conciencia. (Otro silencio.) ¿El veredicto? Todos culpables. Todos. Así que los procesos son superfluos. Una formalidad en todo caso. Se le acusa de tal y tal, se le condena en virtud de los artículos cual y cual. Qué más da de qué se les acusa. Qué más dan los artículos y el código penal. A lo mejor se fusila a alguien por un crimen que no ha cometido. Pero ha cometido otro del que no nos hemos enterado. El muy pillo no nos ha dicho sus delitos, no, qué va, se limita a defenderse de aquello de lo que se le acusa pero no dice, un momento, señor juez, aquí hay un error, yo no he saqueado ningún hospital o no participé en el atentado en cuestión o no he cometido adulterio, todo eso no lo he hecho; mi culpa fue quedarme con los terrenos de mi vecino sin que me correspondiese o haber falsificado una firma para estafar a mi hermano o haber pegado una paliza a mi mujer durante una borrachera. Qué va, no, eso se lo callan bien calladito. Sólo dicen: no, yo no he hecho eso de lo que se me acusa, señor juez, puedo probarlo, tengo testigos, le juro que no soy culpable de ese crimen. Hipócritas. Cobardes. Bandidos. Se hacen los corderitos y no cuentan sus auténticos crímenes. Y entonces nos hacen parecer a nosotros los culpables. Nosotros somos los hombres malos que condenamos sin

---

pruebas, ¿verdad?, que procesamos sin garantías, oh, las garantías, que fusilamos arbitrariamente, por capricho, porque uno se levanta de mal humor un día y dice: que me traigan a Fulano, que lo fusilo. Pero no es verdad. No, señor, no lo es. Todos aquellos a los que fusilamos son culpables, culpables de una cosa o de otra. Así que nos limitamos a hacer justicia, es todo; qué más dan los detalles. ¿Tengo o no tengo razón? (Mira a los otros actores como esperando que le den la razón, pero ninguno responde ni hace un gesto de asentimiento. Sacude la cabeza.) No sé para qué les cuento todo esto. Qué pérdida de tiempo. (Con pasos marciales se pone a un lado del pelotón). Preparados. Apunten. (Los soldados se quedan apuntando al público.) ¡Fuego! (El estampido suena casi al mismo tiempo que la orden.)

*(Una mujer grita desde el patio de butacas. Un foco la ilumina. Ella se toca el pecho como sujetando la herida. Se retuerce de dolor, se escurre hacia el suelo, avanza unos metros casi a rastras, gimiendo. Poco a poco se levanta y camina a trompicones hasta el escenario.)*

MUERTA: Yo, de todas maneras, iba a morir joven.

APUNTADOR: La esperanza media de vida de una mujer nacida en España en el año...

MUERTA: 1903.

APUNTADOR: (Consultando un libro.) ...en 1903, era aproximadamente de treinta y ocho años. La de un hombre eran treinta y siete. (Silba con admiración). Acojonante, treinta y ocho y treinta y siete.

TODOS LOS QUE ESTÁN SENTADOS: (Miran al apuntador sorprendidos.) ¿Seguro?

APUNTADOR: (Consultando otra vez el libro.) Completamente seguro. Lo dice aquí.

---

FALANGISTA: Si lo dice ahí...

MUERTA: De acuerdo, yo iba a morir joven, no es que me queje; pero no así, no de esta manera. Porque una cosa es morirse, y otra que te maten. Yo, primero, antes de morirme, habría tenido hijos.

APUNTADOR: La mortalidad materna durante la Segunda República era de... un momento.

MUERTA: Yo tuve dos hijos que no tuve.

APUNTADOR: Unas cuatrocientas mujeres por cada cien mil niños nacidos vivos.

MILICIANO 2: Eso no cuenta a las mujeres que murieron durante el embarazo.

APUNTADOR: (Examinando el libro.) Mmm, parece que no.

MUJER 1: Y si una mujer tenía cuatro hijos, hay que multiplicar ese riesgo por cuatro.

APUNTADOR: Supongo que sí.

MUERTA: Yo tuve dos hijos que no tuve.

MUJER 2: O sea, que por cada mil niños nacidos vivos, si una mujer tenía de media cuatro hijos, morían 1,5 mujeres.

FALANGISTA: No se te dan mal las matemáticas. Dicho así, no parece tanto. La gripe causa muchos más muertos. Y la guerra ni te cuento. Y ahí los que morimos somos los hombres, que eso no se dice nunca.

MUJER 2: Y los que violan.

---

MILICIANO 2: Una cosa por otra.

MUERTA: Yo tuve en mi casa a los dos niños que no tuve. Primero no tuve un niño y después no tuve una niña. Me lo dijo la comadrona, que era una vecina. No has tenido a este niño, pero qué guapo era; no has tenido a esta niña, qué bonita era, habría sido la alegría de tus días.

FALANGISTA: ¿Entiende alguien de lo que habla? Yo no.

*(Mujer 1 y Mujer 2 se levantan y van hacia la Muerta, la acarician un momento y vuelven a su sitio.)*

MUERTA: Yo se lo decía a mi marido.

*(Entra el Marido de la Muerta. Lleva traje con corbata, también un sombrero, que se quitará al llegar donde su mujer, y un periódico en la mano, que hojeará durante el diálogo.)*

MARIDO: ¿Qué me decías? ¿Estabas hablando conmigo? ¿O hablas sola? Últimamente hablas mucho sola. Voy a tener que preocuparme.

MUERTA: Yo he tenido dos niños. ¿Verdad que he tenido dos niños? Tú los viste.

MARIDO: Ya estamos con la historia de siempre. Te lo he repetido mil veces. Yo no vi nada. Cuando llegué ya no había nada que ver. Estaba trabajando, como de costumbre. Porque yo me he pasado la vida trabajando, también muchos sábados y domingos, aunque nadie me lo agradezca.

MUERTA: Yo sí los vi. Primero lo vi a él. Y me dio la risa al verlo. Tenía unas manos enormes. Y la nariz era muy grande. Tan grande como la tuya. Se parecía a ti.

MARIDO: Deja eso. No sirve de nada.

---

MUERTA: Y ella tenía la nariz pequeña y mucho pelo. Se me hacía raro que hubiese estado dentro de mí con esa mata de pelo. Un pelo muy negro, como el de mi madre.

*(El marido hojea el periódico. Ella aguarda a que diga algo. Quizá espera consuelo. Una palabra que no llega.)*

MUERTA: Yo tuve dos hijos, a que sí.

MARIDO: Qué pesada te pones. Te lo explicó la comadrona. ¿O no te lo explicó?

APUNTADOR: Hasta los años setenta, en España, los niños que sobrevivían menos de veinticuatro horas después del parto no se los consideraba oficialmente como nacidos.

MUERTA: ¿Ves como también lo dice ese señor? Ni siquiera me permitieron que les pusiese un nombre. Ella se iba a llamar Isabel, él se iba a llamar Carlos. ¿Verdad, que se iban a llamar Isabel y Carlos?

MARIDO: Qué más da eso ahora. Da igual cómo se fuesen a llamar. Para qué les ibas a poner un nombre si se iban a morir al rato.

MUERTA: Pero abrieron los ojos. Lo menos que pueden darte cuando abres los ojos al mundo es un nombre.

MARIDO: Además, deja de pensar en ellos. (Cierra el periódico. Se acerca a su mujer, cariñoso, algo excitado.) Mira, vamos a tener otros, ¿qué te parece? Dos más. Cuando tengamos más niños ni te vas a acordar de los primeros, será como si no hubiesen nacido. A que sí, a que te gustaría tener otros dos, la parejita. (Acaricia su vientre, la mano desciende poco a poco.) Vamos a hacer uno ahora. Ahora mismo, ¿tienes ganas? Yo me muero de ganas de hacer niños.

---

MUERTA: (Con voz fría, mecánica.) No vamos a tener más niños porque me van a matar antes de que pueda quedarme embarazada de nuevo. Yo me habré metido debajo del vestido un hato de trapos, y pareceré una embarazada, la embarazada más hermosa de la ciudad. No habré perdido el color ni la sonrisa. Y pasearé por Madrid orgullosa de mi barriga. Y una patrulla de soldados me dará el alto porque pensarán que me dedico al estraperlo y que los niños que llevo en el vientre son una hogaza de pan. Y me darán el alto por segunda vez apuntándome con sus armas. Y yo no me detendré para que no me quiten a mis niños. Y me dispararán. Y me moriré antes de que nazcan. Ellos morirán conmigo y nunca tendrán un nombre.

MARIDO: (Con fastidio). Mira que eres negativa. Contigo no se puede hacer nada. Ninguna diversión en esta casa. ¿Sabes qué? Que me voy al bar. Cuando te cambie el humor, me avisas.

*(Se dirige a la pared de nichos, abre uno, se tumba en él. Se queda con la cabeza fuera unos momentos, mientras su mujer habla; cuando acaba, chasquea la lengua con disgusto y después cierra.)*

MUERTA: Los hijos que no tuve me despiertan por las noches, lloran como en un bombardeo, o soy yo la que oye aviones al mismo tiempo que sus llantos. No es posible, ni ellos lloran ni los aviones vienen con sus bombas a donde nosotros estamos, pero yo de todas maneras los mezo en sus cunas. Se van a ir, les digo, no lloréis, los aviones se van a ir. Mirad, ya ni se les oye. Pero siguen llorando. (Grita a su marido.) ¡Yo tuve y no tuve a dos hijos tuyos!

*(Cuando su marido desaparece, ella se dirige con pasos decididos a los nichos; primero va a meterse en uno junto al de su marido, se lo piensa mejor y se va a otro lo más lejos posible de él.)*

MILICIANO 2: (Se quita la gorra y saca otra, azul, de plato, con una insignia de aviador al frente.) A mí me habría gustado volar. Me presen-

---

té voluntario a aviación. Ahí en Cuatro Vientos. Yo quería tripular un Breguet. Me hicieron pruebas, de vista y de orientación. Tuve que hacer unos cálculos y encontrar lugares en unos mapas. Hice las pruebas muy bien. Pero tengo ataques de vértigo. No hay nada que hacer, con vértigo no puedes ser aviador. ¿No es triste eso? ESO sí que es una auténtica tragedia y no lo de ésa (señala al nicho donde se ha metido la muerta. Los demás le dan la espalda con fastidio). Querer volar y tener vértigo...

*(Vuelve a su sitio y se pone de nuevo la gorra de miliciano. Mientras lo hace, se abre una tercera trampilla en el suelo. Aparecen unas manos que van dejando en el suelo distintos objetos: dos cajas de dinamita, detonadores, un par de rollos de mecha, un casco, una piqueta... Los dos obreros se sientan a descansar y sacan sendos bocadillos. Pasarán toda esta escena comiéndoselos. Por fin, asoma el Capitán Aguilera. Lleva ropa de pocero y una lámpara encendida en la frente. Comienza a distribuir los objetos por el escenario. Saca unos cuantos tubos de dinamita y también los distribuye. Mientras tanto:)*

APUNTADOR: (Dirigiéndose al público.) Es el capitán Aguilera, jefe de prensa del bando rebelde.

FALANGISTA: (Corrigiendo al apuntador.) De los alzados quieres decir. (El apuntador se encoge de hombros.)

*(El Falangista sigue durante un rato al Capitán Aguilera, que continúa poniendo cartuchos de dinamita en distintos puntos del escenario, algunos descolgándolos por la trampilla atados a una cuerda.)*

FALANGISTA: Mi capitán.

CAPITÁN AGUILERA: Chist. Cállate. Toma esa caja. Tienes que ir metiendo cartuchos en los huecos que encuentres entre los ladrillos de la pared, y unirlos entre sí con ese rollo de mecha; hay lo menos quinientos metros.

---

FALANGISTA: ¿Para qué hace eso, mi capitán?

CAPITÁN AGUILERA: (Remedándole.) ¿Y para qué hace eso, mi capitán? ¿Para qué crees tú que se usa la dinamita? Para volar algo por los aires, ¿no? Si hubiese querido pintar las paredes habría traído una brocha.

FALANGISTA: Sí. Pero ¿para qué quiere volar este túnel? ¿Adónde lleva?

CAPITÁN AGUILERA: Las alcantarillas; son una maldición.

FALANGISTA: ¿Esto es una alcantarilla?

CAPITÁN AGUILERA: No, hijo, si fuese una alcantarilla olería como el culo de tu padre. Esto es un túnel por el que un día, si no lo evito, discurrirá una cloaca.

FALANGISTA: Ya veo.

CAPITÁN AGUILERA: No, no ves nada. Nadie ve nada. Todo el mundo está ciego. Por eso tengo que hacer las cosas solo.

FALANGISTA: Pero me ha pedido que le ayude.

CAPITÁN AGUILERA: No te lo he pedido. Te lo he ordenado. Si me desobedeces te pego un tiro. Que cojas la caja te he dicho.

*(El Capitán Aguilera hace una pausa en su tarea. Se seca el sudor. Se queda contemplando a los obreros.)*

CAPITÁN AGUILERA: Miren a esos vagos, comiéndose un bocadillo en lugar de trabajar. Seguro que son comunistas. Socialistas por lo menos. Los obreros y los limpiabotas son lo peor. A los limpiabotas les

---

tengo una manía... (Al Falangista.) Pero da igual eso. ¿Sabes qué tiene la culpa de esta guerra? ¿No? Pues te lo voy a decir yo: la culpa de esta guerra la tiene el sistema moderno de alcantarillado. Porque si a la selección natural no le hubiesen puesto trabas, habría acabado con la mayoría de las alimañas rojas. Azaña es un ejemplo típico. Probablemente hubiese muerto de parálisis infantil, pero le salvaron las malditas cloacas. Tenemos que acabar con las cloacas. Ése es el objetivo. Pero hay que hacerlo en secreto. Porque si alguien se entera, pueden acabar acusándote de sabotaje. Llevarte al paredón. Sin darse cuenta de que es una tarea imprescindible. Las cloacas y los hospitales.

FALANGISTA: ¿Quiere dinamitar los hospitales, mi capitán?

CAPITÁN AGUILERA: Los hospitales también. A ver, hijo, que no sé de dónde os sacan. Mucha camisa nueva y mucha insignia pero no os enteráis de nada. ¿Qué hay en los hospitales?

FALANGISTA: Enfermos.

CAPITÁN AGUILERA: Ya. ¿Y en tiempo de guerra?

FALANGISTA: ¿Heridos?

CAPITÁN AGUILERA: Eso es, heridos. Y los heridos, si tuvieran un poco de dignidad, morirían en el campo de batalla; si no, se nos van a llenar las ciudades de tullidos. ¿Va a ser eso la nueva España? ¿Una caterva de estropeados pasando la gorra? Pues vamos listos, para eso tanto pelear. ¿Conoces al coronel Beorleguí?

FALANGISTA: Seguro que me encantaría, pero no lo conozco, mi capitán.

CAPITÁN AGUILERA: Está muerto.

FALANGISTA: Será por eso que no nos conocemos.

---

CAPITÁN AGUILERA: Un gran hombre, de los que quedan pocos. Bueno, ahora queda uno menos. Paseaba por el frente protegiéndose de los obuses con un paraguas. ¿Te imaginas la rabia que le entraría al enemigo? ¡Sólo un paraguas contra los obuses, con dos cojones!

FALANGISTA: Le mató un obús, claro.

CAPITÁN AGUILERA: Fue herido en el campo de batalla durante el asalto a Irún. ¿Y tú crees que dejó que le llevasen al hospital? No señor, mandó a la mierda a los camilleros y siguió peleando. Murió al día siguiente de gangrena. Un ejemplo para todos nosotros. Así que en cuanto acabe de dinamitar cloacas me voy a poner a reventar hospitales. ¡Ése es el futuro! Un país sin hospitales ni alcantarillas.

FALANGISTA: Perdone que le contradiga, mi capitán, pero, si el coronel hubiese ido al hospital, hoy a lo mejor estaría vivo y seguiría luchando para hacer triunfar el alzamiento.

CAPITÁN AGUILERA: ¡No, hombre! No te enteras de nada. Al campo de batalla se va a morir. ¿O es que quieres vivir eternamente? Lo peor que le puede pasar a un ejército es que los oficiales se mueran de viejos. Cuando la palmas pronto estás haciendo sitio al siguiente en el escalafón, y eso motiva mucho a los que vienen detrás; nadie quiere morir de soldado raso, pero que te maten con unos buenos galones o con estrellas en la bocamanga, eso es otra cosa. El retiro de los verdaderos patriotas es una estatua o el nombre de una plaza.

FALANGISTA: Pero si todos mueren en el campo de batalla, no quedarán hombres...

CAPITÁN AGUILERA: Que te calles, joder, que te va a caer una buena por insubordinación. Si hay algo que sobran son hombres. La mu-

---

nición escasea, tenemos pocos aviones, nos faltan tanques. Pero ¿hombres? No se acaban nunca, ésa es su única ventaja. Si un día nos quedamos sin españoles llamamos a más moros. Y después a los bantúes. La lucha heroica debe continuar. Esta cruzada es eterna.

FALANGISTA: Mi capitán, con el debido respeto, las cruzadas eran contra los moros, pero ahora los moros están de nuestro lado. No me dirá que es lo mismo.

CAPITÁN AGUILERA: Vaya, un listillo. Las cruzadas son contra los infieles, contra todo tipo de infieles, entérate. ¿Y quién hay más infiel que un comunista? Hombres bautizados que abjuraron de su religión. Los musulmanes creen en lo que pueden, no han abjurado de nada, gente primitiva que puede ser útil si se la encamina bien. Pero un rojo es irrecuperable, ha traicionado y eso no se puede borrar ni corregir. La traición imprime carácter, como el bautismo. Por eso ésta es una guerra de exterminio, no hay compromiso posible. Hay que acabar con todos los proletarios.

FALANGISTA: ¡Pero alguien tendrá que trabajar!

CAPITÁN AGUILERA: ¡Cállate, idiota! Tenemos que exterminar a un tercio de los hombres de este país. Y a sus hijos. Porque si no, esto volverá a empezar. Y hay que extirpar el mal por la raíz. Terminar de una vez por todas, que no quede ni uno. Matar a los obreros, matar a los limpiabotas, porque un limpiabotas, alguien que se pasa todo el día arrodillado, acabará rebelándose, y entonces se hará comunista. ¿Me entiendes? Hay que matar, matar, matar.

*(El Capitán Aguilera se va introduciendo en su túnel, mientras continúa diciendo para sí "matar, matar, matar..." Desaparece y cierra la trampilla. El Falangista corta la mecha que une la ristra de dinamita que está bajo tierra con los cartuchos que el Capitán Aguilera ha ido distribuyendo por el escenario. El Falangista se queda mirando a los dos obreros, que, termi-*

---

*nado el bocadillo, se levantan, se sacuden las migas, fingen que se sodomizan unos momentos, muy serios y contenidos, y vuelven a su trabajo.)*

MILICIANO 1: Yo pasé un tiempo en intendencia, en Madrid. Había gente más chiflada aún que ése (señala hacia el lugar donde ha desaparecido el Capitán Aguilera.) Sí, también entre los nuestros, las cosas como son. Un día se nos presentó un sargento –yo tomaba nota de las necesidades de intendencia en el despacho del coronel, era algo así como su secretario-, y va el tío y dice (remedándole, algo ridículo): mi coronel, necesito quinientos pitos. ¿Quinientos pitos?, pregunta el coronel y me mira a mí para ver si entiendo lo que quiere el sargento, pero yo me encojo de hombros. Sí, mi coronel, quinientos pitos, o silbatos, como quiera llamarlos. ¿Y puede saberse para qué necesitas tú quinientos pitos o silbatos? Es una cosa de estrategia, mi coronel. Yo ya estaba conteniendo la risa porque veía que el sargento estaba mal de la cabeza y me parece que el coronel hacía lo mismo que yo. Era un hombre muy respetuoso, el coronel, y fingía que se tomaba en serio cualquier disparate que nos pedían. Mire, mi coronel, lo que yo quiero es dar un silbato a cada uno de mis hombres. Y cuando el enemigo nos ataque, pitaremos todos a la vez, y con el escándalo, el enemigo huirá despavorido. (Todos ríen.) Buen plan, sargento. No sé si podremos encontrar tantos pitos, pero haremos lo que podamos. Anote, soldado: quinientos pitos para el sargento... como se llamase. Y otro día, es que os juro que están todos locos de atar, uno se nos presentó con los planos de un espejo parabólico para quemar el Alcázar como había hecho no sé qué sabio griego con no sé qué fortaleza...

APUNTADOR: Antonio Córdón: Trayectoria. Memorias de un militar republicano.

MILICIANO 2: Yo estaba en Madrid cuando el Gobierno se fue a Valencia, y me encargaron conducir a un teniente a buscar munición –yo era chófer de suministros- pero resulta que el Gobierno se había ido, y con él algunos mandos militares, y se habían olvidado de decir dónde

---

estaba la munición. (Ríen.) Y resulta que se acabaron encontrando en un armario unos paquetes de munición, pero sin bala, sólo de pólvora, que se usaban para aprendizaje de tiro. Y el teniente se queda mirando las cajas de cartuchos, así, muy pensativo, acariciándose la barbilla, y al cabo un rato va y dice: repartan esta munición entre los defensores de la ciudad.

TODOS: ¡No!

MILICIANO 2: Como os lo cuento, y yo digo, mi teniente, ¿cómo les vamos a dar balas de fogueo? Los van a matar a todos. Da lo mismo, me dice, lo importante es que podamos seguir disparando. Soldado que dispara es soldado que se defiende. Además, el noventa por ciento de los disparos con balas de verdad no aciertan, nuestra gente no sabe apuntar, así que el porcentaje va a cambiar muy poco. (Todos se ríen.)

APUNTADOR: Julián Zugazagoitia: Historia de la guerra de España.

MUJER 1: Después de que me pasara lo que me pasó, me uní a un grupo de voluntarios que venían de Málaga, gente de la CNT la mayoría. Y una tarde que marchábamos en columna por unos campos oímos un ruido de aviones. Echamos cuerpo a tierra y al cabo de un rato vimos dos avionetas pequeñas; al no llevar colores de nadie ni saber ninguno de nosotros si eran italianas, francesas o españolas, dudábamos entre disparar y esperar a que pasaran. Hicimos lo segundo porque volaban muy bajo y resulta que eran dos avionetas de recreo, de esas de los ricos. De hecho, uno de los que estaban en pie parapetados contra un árbol se puso a saludar, que yo creo que si perdemos esta guerra es porque algunos están en ella como si jugasen a algo. Al principio ni siquiera entendimos lo que pasaba. Vimos, eso sí, que de las avionetas comenzaban a caer algo parecido a balones, y uno gritó: ¡nos tiran bombas!, pero cuando los proyectiles tocaban el suelo, se oía un chasquido y ninguna explosión. De todas maneras el mismo que había saludado antes a los aviadores se puso a gritar: ¡Le han herido! ¡Han dado

---

a Marcial! Y es verdad que cuando miramos a otro pánfilo que se había quedado de pie descubrimos que estaba salpicado de rojo de arriba abajo, aunque él no se retorció ni se quejaba, sino que se examinaba la ropa y las carnes como queriendo entender por qué no estaba muerto. Pero cuando pasó el segundo avión, y también él soltó sus proyectiles, descubrimos a nuestro pesar lo que sucedía. Uno de los compañeros, que había echado rodilla a tierra para disparar al avión, recibió un impacto en la cabeza, y nos pareció que era precisamente su cabeza la que estallaba. Pero otro, al que le había caído en la boca parte de las salpicaduras, se puso a gritar: ¡Sandías! ¡Nos están bombardeando con sandías! (Todos se ríen.) Y cuando cayó una nueva andanada, esta vez desde mucho más cerca, y varios de los nuestros fueron aplastados por las sandías y melones que nos lanzaban, tuvimos que aceptar que, tirado con la suficiente fuerza, un melonazo, también mata. (Otra vez risas.)

APUNTADOR: Hugh Thomas: La guerra civil española.

FALANGISTA: Yo empecé la guerra en Valladolid, que como sabéis la tomamos enseguida. Bueno, ni la tomamos, era nuestra. Y, sin querer ofender a los presentes, enseguida empezamos a fusilar rojos. Los sacábamos de la ciudad muy temprano y los llevábamos a un descampado en las afueras, para, bueno, ya me entienden, para fusilarlos. No, no se enfaden, que van a ver que mi historia también es divertida. Pues eso, que era mañana sí, mañana no, paseo al descampado, con el frío que hace en aquellas tierras. Y la gente a lo mejor no es muy lista, pero cada uno mira de vivir lo mejor que puede, así que a un paisano se le ocurrió una idea para un negocio. Pidió permiso a las autoridades y se lo dieron. Y una mañana que llevábamos a tres o cuatro comunistas para allá, al llegar nos encontramos con una cabaña. Y yo enseguida reconocí el olor. Pero hasta que no llegamos no acabé de creérmelo. El hombre había abierto una churrería en el lugar de los fusilamientos. (Risas.) Vendía chocolate con churros a los nacionales y, cuando se lo permitíamos, también a aquellos pobres desgraciados que llevábamos para darle matarile. Porque a esas horas, ¿a quién no le apetece

---

un chocolate con churros? ¡Aunque te vayan a fusilar! (Ríen, ahora de peor gana.)

APUNTADOR: (Mirando al público.) Juan de Iturralde: El catolicismo y la cruzada de Franco. Sí, lo que acaban de contar es verdad. Y no tiene ni puta gracia. (Apaga su lámpara con malos modos.)

*(Todos los personajes dejan de reírse poco a poco. Se miran unos a otros, incómodos, hacen alguna tentativa de sonreír, pero acaban por ponerse serios. Se van hacia los nichos, cada uno elige el suyo. Entran en ellos uno detrás de otro. Sólo los dos obreros quedan sobre el escenario. Dan un par de paletadas, sujetan unos ladrillos. Ahora se distingue que lo que están construyendo es una cruz de piedra. Es una reproducción a escala reducida de la cruz del Valle de los Caídos.)*

OSCURO.

---

## SEGUNDO ACTO

Cuando empieza el segundo acto, los milicianos, el falangista y las tres mujeres están repartidos delante de las trincheras, sentados, recostados, de pie.... La Muerta empieza a quitarse la ropa que llevaba antes. Por debajo viste una minifalda y una camiseta de tirantes que deja ver su ombligo. Se quita la peluca que llevaba y descubre por debajo el pelo muy corto y de un color estridente; ahora parece mucho más joven. Está mascando chicle.

Mientras se quita la ropa suena Cerebros destruidos, de Eskorbuto, el fragmento "el pasado ha pasado/ y por él nada hay que hacer/ el presente es un fracaso/ y el futuro no se ve." Ella acompaña la música a veces con el cuerpo. El volumen de la música disminuye hasta que el cantante empieza a gritar "estáis muertos/estáis muertos/ estáis muertos" y ella lo canta también como si tuviese un micrófono en la mano.

Después se dirige al proscenio y pasea por él; la luz, ahora lateral, alarga las sombras. Ella juega, mientras habla, a pisarlas.

CHICA: (Al público.) ¿No notan un olor raro? En serio, aquí huele fatal. A ver si va a ser... Eso es. Estos, están todos muertos. Son cadáveres. Parece que están vivos, pero no. Hablan y hablan y hablan. Qué puto empeño en contar su historia. Pero no queda ni uno. (Hace una pompa con el chicle y la estalla.) Yo no sé por qué hablan tanto si están muertos. ¿Tendrán algo que decirnos? (Lleva la mano a la oreja y hace como si escuchase. Bisbisea.) Nada interesante. Yo nunca he visto un muerto. Nunca. Mira que es raro, porque a la gente se le mueren los abuelos o alguien. A un compañero de la universidad se le mataron los padres en un accidente de coche. Él iba en el asiento de atrás, pero no se hizo

---

más que unos pocos moratones. Lo vio todo. Y lo que mejor recuerda es que a su madre se le descoyuntó el cuello por el golpe y parecía que la cabeza se le había girado por completo, como la de algunas muñecas. Y una amiga mía sacó una vez a un ahogado del agua. Tenía los labios azules, me dijo. Mola, dije yo, labios azules. Y nos echamos a reír.

*(Mientras la Chica habla, muy, muy despacio, se va abriendo la trampilla de la que sale siempre Franco. El dictador asoma cuidadosamente; lleva puesto un antifaz para dormir. La chica, que continúa persiguiendo su sombra, llega por detrás y pisa la trampilla, que se cierra.)*

FRANCO. ¡AY!

*(La chica se extraña por la voz que acaba de oír pero no le da mayor importancia. Continúa su monólogo. La luz se vuelve más cenital y desaparece la sombra de la chica. Los demás personajes empiezan también a quitarse la ropa y quedarse con la que llevan debajo. Miliciano 1; lleva pantalones de camuflaje, una camiseta también de aspecto militar y una pequeña cresta punk debajo de la gorra. Miliciano 2, un traje de chaqueta más bien arrugado. Milicianas 1 y 2 visten ropa alegre, colorida -falda una, pantalón la otra-. El Falangista lleva un traje bien planchado, elegante, y gomina en el pelo.)*

CHICA: Y digo yo, toda esta gente, ¿no tiene nada mejor que hacer? ¿Por qué me cuentan a mí sus historias? Yo tengo mi vida, ¿no? Cada uno tiene su vida. Eso es lo que pienso, que lo que importa es lo que tú haces. El pasado no existe, el futuro tampoco, es todo una mentira para tenernos ahí con la cabeza agachada. Habría que borrar todos los demás tiempos de la gramática y quedarnos sólo con el presente de indicativo. ¿Os imagináis, poder comunicar con los demás sólo en presente? Joder, tendríamos que probarlo. Pasar semanas hablando sólo en presente. Y en imperativo, el imperativo también habría que rescatarlo. Entonces les diría: No me miren así.

---

CHICO: Cuando pronuncio la palabra futuro, la primera sílaba pertenece ya al pasado.

CHICA: ¿Eso quién lo ha dicho? ¿Alguien famoso? ¿Sale en la tele? (Los dos se vuelven hacia el apuntador, que rebusca entre sus libros, y acaba negando con la cabeza.) Pues no lo entiendo.

CHICO: Lo que digo es que lo único que no existe es el presente.

CHICA: Pues mucho futuro no te veo yo a ti.

CHICO: Ni el presente, ni el yo. Decir “yo pienso” no tiene sentido; porque cuando lo dices ya lo has pensado, o a lo mejor todavía no y lo vas a pensar, y además no lo piensas tú sólo, es parte de lo que ha pensado o sentido mucha gente.

CHICA: ¿Qué, que has estudiado filosofía o algo así? Vaya coñazo me estás dando tú también.

CHICO: Mira a éstos. (Se pasean mirando a los demás personajes.) Están y no están. Como los fantasmas, que por un lado están ahí, y por otro no. Pertenecen a otro mundo, pero se meten en éste, aunque no quieras. La gente habla de casas encantadas. Pero todas las casas están encantadas, en todas hay fantasmas del pasado que no se marchan. (Algo angustiado.) Ocupan tu cama y tu comedor, están contigo en la cocina contándote cuentos de aparecidos, no te dejan solo ni en el cuarto de baño, se arrastran detrás de ti. Te observan.

CHICA: (*Mirando a los otros*). Como esos que están ahí. Una reunión de espectros.

CHICO: Es como si tuviésemos que llevarlos a cuestras todo el tiempo,

---

los llevamos tan pegados a la piel que casi parece que los cargamos por dentro.

CHICA: Como los recuerdos.

CHICO: Eso.

CHICA: O aunque no te acuerdes.

CHICO: ¿Eh?

CHICA: Que hay muchas cosas de las que no te acuerdas, pero están ahí. Te acompañan siempre sin que seas consciente. Ahora que lo pienso, sin recuerdos nos moriríamos. Si no sé que al otro lado de una puerta hay un cuarto de baño me mearía en el sitio; si no sé que he comprado el pan, no me levantaría para comer.

CHICO: Si no sabes de dónde vienes, no puedes saber a dónde vas.

CHICA: Bueno, no te pongas repelente otra vez. Oye, ¿y si follamos?

CHICO: Vale. ¿Con quién?

CHICA: *(Le empuja de forma juguetona)* ¿Cómo que con quién, idiota? Tú y yo.

CHICO: *(Fingiendo sorpresa.)* Ah, tú y yo. *(Ella le empuja otra vez.)*

CHICA: Venga, deja ahí a los fantasmas. Los fantasmas no follan.

*(Aparece en escena el fantasma de Buenaventura Durruti. Atraviesa el escenario despacio, envuelto en una luz blanca que acentúa su aspecto fantasmal.)*

---

CHICO: Hostia, ¿quién es ése?

CHICA: Ni idea. Acojona un poco, ¿no?

MILICIANO: (*Explicándose orgulloso.*) Es Durruti. Lo mataron en el 36.

MUJER 1: Ése sí que era un hombre.

DURRUTI: (*Para sí mismo.*) Yo creía que no me iba a morir. La muerte parece tan pequeña y tan lejana cuando estás construyendo el mundo. Dijeron que fue la bala de un Mauser fascista. También que me mataron los comunistas, o quizá unos desertores a los que increpé. No lo sé. Tampoco sé si fue una bala perdida. No me disparé yo por descuido, como empezaron a contar para desprestigiarme. De eso puedo estar seguro porque una bala de fusil acabó conmigo y yo sólo llevaba una pistola Colt 45 que robé en Chile. Digan lo que digan, una bala es más rápida que el pensamiento. A pensar me dio tiempo después, mientras me llevaban en el coche a un lugar donde pudieran curarme, a un lugar donde no podrían curarme. Durante todo el trayecto de lo que más me acordaba fue de cuando mi columna bajó de Barcelona a Zaragoza. Yo me sentía como un Rey Mago. Atravesando pueblos y liberando territorios, diciendo a los campesinos: la tierra es vuestra. Esta tierra que habéis trabajado durante generaciones, ahora os pertenece. El agua que discurre por ellas saciará vuestra sed, no la del amo. Ya no tenéis que pagar ni renta ni diezmo, y las horas son vuestras, y vuestro es el aire y ese futuro íntimo que es la familia y los hijos ya no está en las manos de otros, no se lo debéis a nadie, vuestra es la alegría y vuestra es la tristeza. Celebraban como niños, y hasta los más adustos reían con la boca abierta, y yo los miraba a la vez feliz y apenado, porque sabía que después del tiempo de regalos y celebración llegaría el de los disparos; no hay perro que deje que le quiten un hueso, y pronto aparecerían las jaurías y los colmillos. Es verdad que he atracado bancos y que he matado a mucha gente. Y la verdad es que no me avergüenzo de ello. Lo que sí siento es que nuestro intento de asesinar a Alfonso XIII no tu-

---

viera éxito. Aunque haber matado a un cardenal compensa de muchas penalidades. Era un cabrón que contrataba sicarios y pistoleros para acabar con los anarquistas. Pero aunque no lo hubiese hecho también le habría querido matar. No hay diferencia entre el que predica y el que dispara. Hoy dirían que soy un violento, me llamarían terrorista. Ni siquiera me justificaré diciendo que eran otros tiempos. El orden y la paz son siempre buenos para quien tiene la barriga llena. La vida es sagrada, dicen, mientras brindan con champán.

Lo más raro de todo fue morirme en el Hotel Ritz. Con eso sí que no había contado. Si se lo hubiese dicho a mi padre se habría partido de risa. Un anarquista como yo en ese palacio para burgueses sin alma. Muriéndome entre las paredes que habían protegido a los ricos. Yo habría querido morir en una choza en León o tumbado a la orilla de un río. Aunque nunca me imaginé muriéndome ya anciano. Pero da igual la fantasía que se haga uno; salvo los suicidas, nadie elige su muerte. Y si os dicen que tampoco eliges tu vida sabed que os están mintiendo. Yo la elegí el día que el ejército mató a setenta trabajadores durante la huelga del 17. Morir, al final, se muere uno en cualquier sitio.

*(Durruti mira a los otros personajes, parece que les va a decir algo más. Sacude la cabeza. Sale. Se levantan el Falangista y la Mujer 1. Cada uno se sienta sobre su trinchera, mirando al público. A veces contemplan con ternura o divertidos cómo los jóvenes se besan y acarician.)*

MUJER 1: A pesar de todo, tuve una hija. No de aquellos cerdos, porque entonces yo creo que la habría matado a golpes en mi vientre; nunca habría podido mirarla a la cara. Tuve una hija que concebí en una trinchera y parí en una enfermería bombardeada. Una hija que empezó a llorar antes de salir de mi vientre. Me dicen que eso no es posible, pero yo la oía. La niña llorando antes de salir al mundo.

FALANGISTA: A mí me mataron antes de que acabara la guerra, pero también pude engendrar un hijo durante un permiso. Ahora sé que fue

---

un varón; en vida no me dio tiempo a averiguarlo, porque el crío nació tres meses después de que yo muriese. Algunas cosas no las puedes saber hasta que no estás muerto.

MUJER 1: Fueron años difíciles. No era fácil ser madre soltera en aquella España rencorosa y beatita. Yo lo sentía por la niña, a mí ya me daba igual cómo me mirasen. Pero me dolía que hiciesen de menos a la cría por pecados que no podían ser suyos. Bien mirado, míos tampoco.

FALANGISTA: El niño nació con un problema pulmonar, pero lo cuidaron bien; la verdad es que mi mujer se ocupó del niño con una entrega conmovedora. Por el día iba de médico en médico, de especialista en especialista, por la noche rezaba. Carmen, se llamaba así, adelgazó hasta ser hueso y piel. Antes era una chica rolliza y alegre. Mi madre le echó una mano, con dinero y pidiendo a algunos conocidos del hospital militar que la atendiesen bien. Mi madre era una mujer con mucha autoridad, si pedía algo, nadie le decía que no.

MUJER 1: Pero salimos adelante. Yo me hice chacha de una señora portuguesa por ahí por la calle del Salitre. Ganaba lo mismo que pagaba de renta en una corrala.

APUNTADOR: (Tomando nota.) Perdona que te interrumpa. ¿Y cómo pagabas la ropa y la comida?

MUJER 1: La señora era generosa y me daba a menudo alguna cosa para la niña. Y mi madre me hacía llegar del pueblo legumbres y, si había, algo de matanza. Y la verdad es que también robaba en casa de mi señora. Poca cosa. Lo justo.

FALANGISTA: ¿Lo justo? ¿Es justo robar a quien te está ayudando?

MUJER 1: Lo justo para vivir.

---

FALANGISTA: El niño salió adelante. Y resultó ser un chico estudioso, y buen deportista. En el colegio sacaba siempre buenas notas. Mi mujer quería que fuese médico porque se lo había prometido a no sé qué santo si lo sanaba. Mi madre quería que fuese abogado. Como es lógico, el chico estudió derecho.

MUJER 1: Mi hija también fue a la escuela y no se le daban mal los números. Escribía poemas y tenía una bonita voz. Pero cuando llegaba una visita importante al colegio, o monjas de la orden que lo mantenían, no era mi hija la que cantaba las canciones religiosas. No les parecía bien que la niña de una madre soltera destacase demasiado. Era dar mal ejemplo, decían. Era ensalzar a quien debía humillarse. Las hijas de la gran puta.

FALANGISTA: Cuando mi hijo terminó los estudios, entró a trabajar en un bufete que pertenecía a un vecino de mamá. Estaban especializados en derecho mercantil. Llevaban los casos de algunas empresas que fueron muy importantes en la reconstrucción del país.

MUJER 1: Mi hija dejó la escuela con catorce años y empezó a trabajar en una zapatería. A mí me dio pena, porque creo que podría haber estudiado secretariado o enfermería, pero la verdad es que necesitábamos que echase una mano, porque cada vez nos costaba más mantenernos. Era una chica obediente y generosa.

FALANGISTA: Mi hijo no había cumplido aún los treinta cuando abrió un bufete propio. Siguió en el mismo ramo, pero se centró cada vez más en asuntos inmobiliarios, y la verdad es que en aquellos años había bastante dinero en el sector. El país necesitaba viviendas; la gente vivía cada vez mejor y no se conformaba con los pisos insalubres en los que habían vivido sus abuelos. Aunque hoy la gente critica mucho lo que se hacía en aquellos tiempos, pero al menos se construía sin parar

---

MUJER 1: Eso es verdad. Cuando mi hija tenía treinta años nos mudamos a un piso de construcción reciente en las afueras. Eran todo edificios de ladrillo, con baño privado y en calles recién asfaltadas. Cuando llegamos aún no funcionaban las farolas pero eso no nos importaba. Mi hija, que se había casado y tenía un bebé, me pidió que fuese a vivir con ellos para que me quedase con el crío mientras su marido y ella iban a trabajar. Su marido era fontanero, un chico muy trabajador, y nada bebedor, al contrario que otros. Por aquel entonces a mí me costaba ya mucho limpiar. La señora me había dado a entender que necesitaba a alguien con más energía, aunque lo que me decía era que yo ya tenía una edad y merecía descansar. Cuando me despidió me hizo muchos regalos. Me gustaría poder decir que los tiré a una papelera, pero la verdad es que los llevé todos a casa.

FALANGISTA: Y como eran buenos tiempos para la construcción, mi hijo tomó la decisión correcta. Abrió una inmobiliaria y, poco después, se hizo socio de una constructora. Su chico, por cierto, estudió administración de empresas. Su hija no recuerdo bien qué hacía, diseño de interiores o algo así; era muy guapa.

MUJER 1: A mi nieto no se le daban tan bien los estudios. O se le daban bien pero no le interesaban. Se empezó a juntar con otros chicos que a mí no me gustaban nada. Yo creo que se drogaban y todo. Cuando dijo que se iba de casa me dio un disgusto tremendo. ¿A dónde se iba a ir, si ni tenía trabajo ni una beca ni nada?

FALANGISTA: Como era lógico, teniendo en cuenta los contactos que su padre había ido consiguiendo, habría sido una tontería desaprovecharlos, mi nieto también se metió en lo inmobiliario; gestionaba fondos y ayudaba a crear sociedades para administrar bloques de viviendas que compraban al ayuntamiento o a bancos que querían deshacerse de ellas. La verdad es que era un lince con los negocios, aún más que su padre. Enseguida vio que esas cosas tenían que llevarse desde fuera, porque con los socialistas los impuestos habían llegado a niveles absurdos y era casi imposible sacar adelante una empresa.

---

MUJER 1: Al final nos llevamos un disgusto enorme porque el chico acabó en una de esas casas mugrientas, que no son de nadie, o que lo son pero se meten en ellas y viven juntos allí con drogadictos y con borrachos y con unas jóvenes que da vergüenza verlas.

CHICA 1: A ver si resulta que le conozco. ¿Cómo se llama tu nieto?

MUJER 1: Damián. Damián Centeno.

CHICA: (Consulta con la mirada al Chico.) No, creo que no. Continúa

MUJER 1: Y estuvieron ahí no sé cuánto tiempo. Él venía a veces a casa a ducharse o a comer algo decente, pero luego volvía a desaparecer durante semanas. Y un día volvió que casi no le reconocíamos, tenía media cara hinchada, y un brazo roto y entablillado de mala manera, y los ojos como si hubiese sangrado por ellos. Daba pena verlo.

FALANGISTA: No es que fuese un trabajo fácil. Cuando manejas esas cantidades de dinero arriesgas un montón. Un mal negocio y te hundes. Bueno, no del todo porque como es lógico tienes el capital dividido en varias empresas y cada una es independiente y no se la puede embargar para pagar las deudas de la otra. Yo me pierdo con esas cosas de ingeniería financiera, o arquitectura, no sé, el caso es que mi nieto se manejaba ahí como nadie. Luego hablan de pelotazos, pero puedo jurar que el chaval trabajaba de la mañana a la noche como un esclavo. Si quieres progresar, no hay otro remedio. Es así en todas partes.

MUJER 1: Resulta que la policía entró en la casa donde vivía el chiquillo, que por lo visto es contra la ley, pero qué ley hay para los pobres, y se llevó a varios de los que estaban allí y con otros se contentaron con meterles una paliza.

FALANGISTA: (Mirando a Mujer 1, con algo menos de convicción que antes, como justificándose.) Y además no es fácil, porque en este país

---

a quien quiere trabajar, la ley no para de meterle palos entre las ruedas. Y a veces hay que forzar un poco, es verdad.

MUJER 1: (Mirando al Falangista, con desconfianza creciente.) Luego él, que no se calla así como así, puso una denuncia, pero los policías lo denunciaron a él por resistencia a la autoridad y lesiones, destrucción de propiedad pública. Ahora está en la cárcel y parece que se va a pasar allí un año.

FALANGISTA: (Presumiendo, y al mismo tiempo incómodo.) Pero el muchacho es un luchador y sabe buscarse las mañas. Así que al final se salió con la suya y consiguió rehabilitar muchos de esos edificios que se caían abajo, un peligro para la seguridad y también para la salud, que había hasta ratas...

MUJER 1: (Al Falangista.) ¿Y qué edificios eran esos que saneó tu nieto y que salvó de la ruina?

FALANGISTA: No sé, unos por ahí, por el centro.

MUJER 1: Calle Meson de Paredes, ¿verdad?

FALANGISTA: Quizá, podría ser.

MUJER 1: Echaron a los chiquillos a golpes, los trataron como a perros. A ellas las sacaban tirándoles de los pelos, a ellos a porrazos, intentando darles en la cara o en la cabeza.

FALANGISTA: ¿Y qué quieres, que entren con delicadeza, que pidan permiso? Tu nieto y gente como tu nieto no respeta la propiedad privada, se creen que pueden hacer lo que les dé la gana, pasarse por el forro los derechos de los demás. Vivimos en un Estado de derecho, en una democracia.

---

MUJER 1: Qué gentuza sois. Qué gentuza más mala. Robar a los pobres, quedaros con todo es lo que hacéis. Menuda democracia la vuestra.

APUNTADOR: (Alza la mano para detener la discusión. Abre un libro y lee en él.) La democracia es la continuación de la guerra por otros medios, Zhou Enlai.

*(Se hace un silencio incómodo. Al cabo de un rato, el Miliciano 2 le quita el libro. Lo hojea, después lo tira al suelo.)*

MILICIANO 2: Aquí no pone eso. Este tío se lo inventa todo. Lleva toda la noche inventándose cosas.

FALANGISTA: Además, ¿quién es? ¿Qué hace ahí todo el rato soplándonos lo que tenemos que decir?

APUNTADOR: Yo creía que estaba claro. Mi función es evidente.

MILICIANO 2: No hace más que escuchar lo que hablamos. Y hasta le he visto tomar notas.

FALANGISTA: Para mí que es un espía.

MILICIANO 2: ¿De los nuestros o de los vuestros?

FALANGISTA: Da igual. Un espía es un espía. No es gente de fiar. Yo lo llevaría al paredón ya mismo.

APUNTADOR: Hombre, vayamos con calma.

*(Como si se hubiesen puesto previamente de acuerdo, se abalanzan sobre el Apuntador y lo sacan de la concha. Él apenas se resiste. Cuando lo han sacado de ahí, lo dejan en el centro del escenario y se retiran. Él está confuso, no sabe muy bien qué hacer, a quién dirigirse. Se quita las gafas, las limpia con la camisa.)*

---

APUNTADOR: Les aseguro que no soy culpable de nada. Yo no soy más que el autor.

TODOS: Ah, el autor.

APUNTADOR: Eso es. En realidad, no tendría que estar aquí. Mi sitio es otro. Sólo he venido para asegurarme... (El apuntador da unos pasos hacia la concha, pero Mujer 1 y Mujer 2 le cortan el paso.) ...quería ver que todo fuese bien. Uno nunca sabe. (Sigue intentando llegar a la concha, pero siempre una de las dos le entorpecerá el paso.)

MUJER 1: Pero entonces, ¿todo podría haber sido diferente? (El apuntador intenta rodearla pero ella da un paso al costado para evitarlo.) ¿El alférez podría haber intervenido si tú lo hubieses querido así? Todos esos hijos de puta podrían haber pasado de largo, entrado en otro pueblo, en otra casa. Se te ocurrió a ti que viniesen a la mía y que me violasen uno tras otro, y ni siquiera me concediste ese consuelo, el de que el alférez interviniese para salvarme. ¿Qué le dijiste: espera, no, no hagas nada, vamos a darle más dramatismo aún a la situación, ahora vas a resultar peor que todos los demás? Fuiste tú, cabrón, fuiste tú. (Mujer 1 le golpea con el puño en el pecho, sin mucha fuerza. Él agacha la cabeza y no sabe qué contestar.)

MUJER 2: Y yo, yo no tendría que haber acabado en la cárcel. Creía que había sido una casualidad, pura mala suerte. Porque es verdad que le dije a mi vecina lo que le dije, pero lo hice mientras ella se marchaba, y ni siquiera me oyó, ya se iba y en la escalera gritaban los niños del bajo así que no me habría oído. Pero fue alguien que pasaba por debajo de mi ventana, uno que había salido a comprar pan o no sé qué, pero que podría haberlo hecho un minuto más tarde o un minuto antes, o haber salido a la misma hora pero haberse detenido a atarse un cordón en la esquina de mi calle, antes de llegar a mi portal, y entonces no me habría oído llamar comunista a mi vecina, ni se habría dirigido entonces a los guardias para denunciarme y ellos no habrían venido a buscarme

---

ni me habrían arrastrado a la cárcel. De no haber sido por usted, mi vecina se habría marchado disgustada por nuestra riña, nada más que eso, y yo habría seguido viviendo mi vida, sin que me rapasen el pelo ni me insultasen ni fuese el premio para todos esos palurdos con sus boletos y sus dientes llenos de sarro y sus manos rasposas. Yo podría haber sido feliz, o haberlo intentado por lo menos. Pero tuvo usted la gran idea de que ese hombre pasase por debajo de la ventana y me oyesse y fuese un hombre lo suficientemente ruin para denunciarme. Todo eso se le ocurrió a usted, ¿verdad?, y decidió arruinarme la vida sin que le remordiese ni un momento la conciencia.

APUNTADOR: (Asintiendo.) Sí, se me ocurrió a mí, lo siento mucho. (Justificándose.) No se crean, me costó mucho tomar la decisión. Me daba pena.

*(El Falangista se abalanza sobre el Apuntador, llega incluso a agarrarle de la camisa; intenta darle un puñetazo pero los demás le detienen. Él forcejea. Sólo deja de intentar agredirle cuando la Mujer 1 le pone la mano en el pecho, triste, pero con convicción.)*

MUJER 1: Entonces, esa mujer que estaba aquí antes, esa a la que pegaron un tiro... *(todos se giran buscándola, pero no pueden identificarla con la Chica, que sigue abrazada a su amigo)*, ...esa mujer podría haber tenido dos hijos sanos. Los niños no tendrían por qué haber muerto antes de que pasase un día después de su nacimiento.

MILICIANO 2: Te gustaba eso, ¿no? Qué bonito giro argumental. Los niños mueren antes de las veinticuatro horas así que no llegan a tener un nombre. Por eso ni siquiera se les puede inscribir como seres vivos. Qué impresionante, ¿verdad? Qué dramático. Hijo de puta.

MUJER 1: Ella podría estar hoy aquí. No tendría por qué haberse ido distanciando de su marido porque no supieron cómo superar la muerte de los niños. Habría sido a lo mejor abuela, se quedaría con los nie-

---

tos cuando los padres quisiesen ir al cine, anda, mamá, que hace mucho que no salimos juntos, si no me importa, hija, claro que me quedo con los niños. Habría llevado una vida normal, de madre normal, y no habría muerto de un balazo. Todo eso lo has decidido sólo tú. Eres tú quien nos va matando, uno a uno.

FALANGISTA: ¿Lo colgamos? Hacemos un juicio sumarísimo a este cabrón. Me reconoceréis que los juicios sumarísimos para cosas así son muy útiles. ¿Qué os parece si lo colgamos de la cruz que están construyendo esos?

APUNTADOR: (Grita) ¡No entendéis mi situación! ¡La realidad que me invento tiene que ser verdad! (Sale de entre los personajes con cara de angustia). Claro, yo podría decidir que a ti (dirigiéndose a la mujer 1, como consolándola) te hubiese salvado el alférez en el primer momento, incluso que se hubiese enamorado de ti, que te hubiese traído regalos y que además le hubiera remordido la conciencia por capitanear una tropa de salvajes. Yo podría haber hecho que se le ablandase el corazón y que no permitiera que asesinasen a tu padre. ¿Qué más, que se casara contigo? (La toma por la cintura, baila unos pasos con ella algo lento.) Sí, la vida podría ser hermosa y justa. La vida siempre podría ser mucho más hermosa. (La suelta.) Y claro que ese hombre que te denunció (dirigiéndose a la Mujer 2) podría haber pasado por la ventana un minuto antes o un minuto después, pero habría dado lo mismo, porque estabas donde estabas y eras quien eras, (da también con ella unos pasos de baile lentos) y en algún momento, no en ése, pero en otro, te habrían detenido, y entonces de todas maneras habría llegado un miliciano con un boleto en la mano y con dientes llenos de sarro y con manos rasposas. ¡Yo sólo puedo cambiar los detalles! ¡Pero la realidad estaba ahí antes que yo! ¿Qué queréis, que escriba lo que os apetece oír? ¿Historias de príncipes y princesas? La gente sólo quiere consuelo, pero yo no puedo consolar a nadie.

FALANGISTA: Yo no habría tenido que morir con la pierna gangrenada en una trinchera en la Casa de Campo, dos meses antes de que acabase la

---

guerra. (El Apuntador le echa una mano por encima del hombro, como intentando animarle a pesar de todo. El Falangista se la sacude con rabia.)  
MILICIANO 2: Yo he sobrevivido, así que debería darte las gracias. Yo sí pude casarme después de la guerra, tuve tres hijos y trabajé de electricista. Mi mujer no murió en el parto, mis hijos encontraron trabajo. Supongo que sí, que debería darte las gracias, pero no puedo hacerlo. No sé por qué, no puedo agradecerte que no hayas llenado mi vida de miseria.

*(En ese momento, Obrero 1 parece tropezar, da unos pasos trastabillando hacia el público, se echa una mano al corazón y se desploma en el suelo. Al cabo de un par de segundos entran dos guardias civiles, tantean con el pie para comprobar si está vivo, lo toman por los pies y lo sacan a rastras del escenario.)*

FALANGISTA: *(Al Apuntador.)* Eso también ha sido idea tuya, ¿no? Otra ocurrencia para divertir a éstos (señalando al público.)

*(El Apuntador no responde. Niega sin convicción con la cabeza y va a sentarse a un rincón con la cabeza entre las manos. Se abre la trampilla de Franco. El dictador asoma despacio, primero sólo vemos sus ojos, luego muestra toda la cara. Lleva una dentadura postiza de vampiro. Vuelve a cerrar la trampilla sin decir nada.)*

CHICA: Lo peor que hay es un muerto. Está ahí, y no puedes hacer nada contra él. No tiene el menor sentido quejarse de un muerto. ¿Para qué perder el tiempo? No te hace ni puto caso. ¿Entiendes? Los muertos son cabrones de verdad.

CHICO: Mujer, a ver si les vas a echar ahora la culpa estar muertos. Los muertos ya no tienen la culpa de nada.

CHICA: ¿Cómo que no? Que hubiesen seguido viviendo. Si de hubiesen ido del país todos esos a los que la guerra les parecía un gilipollez, habría

---

muchos menos muertos. Que hubiesen dejado solos a los hijos de puta pegándose tiros. Y así tendríamos a los culpables: cada cadáver, un culpable.  
CHICO: Ahí desbarras un poco, tía.

CHICA: Más desbarran los putos muertos. A mí es que me jode tenerlos encima. Estoy hasta el coño de este Halloween de tíos de uniforme, de tíos con bigote, de tíos con principios. Habría que haberles dejado en pelotas, haberles rasurado el bigote y los principios.

CHICO: Sigues desbarrando, te lo juro, no tiene sentido lo que dices. Las cosas no son así de sencillas.

CHICA: Yo sé lo que me digo. Las cosas son siempre sencillas. Las complicamos nosotros.

*(Se hace un breve silencio.)*

CHICO: ¿Y si le ponemos un título a esto?

CHICA: ¿A qué?

CHICO: *(Señalando a su alrededor.)* A todo esto.

CHICA: Vale. Títulos de película. A ver, ¿qué te parece La noche de los muertos vivientes?

CHICO: O Apocalipsis zombi.

CHICA: O The walking dead.

CHICO: Espera, se me ocurre una cojonuda: Zombis contra nazis. Yo la he visto. Una pasada.

CHICA: No, mejor aquella de Tarantino, que salía George Clooney. Abierto hasta el amanecer.

---

CHICO: No, no, ya lo tengo: La invasión de los ladrones de cuerpos. ¿Te acuerdas de ésa? Era un pueblo no sé dónde, y llegan unos alienígenas y se van metiendo en el cuerpo de los habitantes. Ellos no cambian por fuera, siguen con sus vidas normales, pero ya no son ellos, sólo lo parecen.

CHICA: (Señala con el dedo al público como los alienígenas de la película a los no infectados y reproduce el chillido particular de los invasores.) Es verdad, y sólo quedaba una pareja que no había sido infectada, o como quieras decirlo, o sea, que no llevaban un alienígena dentro, e intentan no ser contaminados. Pero al final...

CHICO: Al final...

CHICA: ...es imposible. Su propio amigo la señala dando ese chillido agudo que dan para delatarla (imita también el chillido), y se supone que la capturan también, y ya todos, todos los habitantes han dejado de ser quienes eran. Y los alienígenas zombis van haciéndose así con el poder en toda la Tierra. Es como ahora.

CHICO: Con los poderosos y todo eso quieres decir.

CHICA: No, no, con nosotros, tío. Es a nosotros a los que nos han invadido. Parece que seguimos siendo los mismos de antes porque nos parecemos, tenemos la misma cara y hacemos los mismos gestos, pero no es verdad. Mi memoria no es mía, es de otros.

CHICO: Te estás poniendo intensa. Luego me dices a mí, que si filósofo, que si no sé qué.

CHICA: Bueno, me callo. Pero es verdad. Estamos invadidos por dentro. Venga, ¿cuál es la moraleja?

CHICO: Las moralejas son una mierda.

---

CHICA: Vale.

*(Entra un cura, bendice la cruz con un hisopo. Da instrucciones al obrero para que ponga a la cruz unas luces de navidad. Él lo hace de mala gana. Las enciende. Sale el cura. Todos han observado la operación.)*

CHICO: Entonces, ¿esto ha sido todo?

CHICA: Yo creo que sí. Aunque...

CHICO: ¿Aunque?

CHICA: Podríamos bailar antes de irnos.

*(Se levantan y se ponen los dos, uno junto a otro, de cara al público. Comienzan a hacer los famosos movimientos de los zombis de Thriller, de Michael Jackson. A los pocos segundos empieza a sonar esa música y los demás presentes, salvo el obrero, se suman al baile. Al rato, el obrero comienza a gritar y el baile se detiene.)*

OBRERO 1: No hay motivos para bailar, imbéciles. Ni para todas estas gracietas idiotas. Tú, Apuntador, ¿de verdad no tienes nada mejor que escribir? ¿En serio no se te ocurre nada más útil? ¿Es esto todo lo que podemos esperar? Malditos supervivientes. Malditos seáis los vivos. Os creéis mejores, ¿verdad? Superiores. Creéis que estáis a salvo. Pero también se reirán un día de vuestras desgracias. Y que sepáis una cosa: no estáis a salvo. Enteraos de una vez: ¡no estáis a salvo!

*(El obrero vuelve a gritar. Rebusca a su alrededor, encuentra un martillo, lo enarbola y se pone a destruir la cruz a martillazos. Cuando se cansa, los mira a todos, deja caer el martillo al suelo y sale.)*

FRANCO: (Desde debajo de la trampilla.) Pero ¿es que nunca se va a poder descansar tranquilo en este maldito país?

---

TODOS: ¡No!

FRANCO: Pero, esperen, ¿qué hacen? ¿A dónde me llevan? Si yo quiero quedarme aquí. No, no, todo esto es mío, (con voz cada vez más lejana), que llamen al abad, Luis, Luisito, Carmen, no quiero irme, no, pero déjenme, ¡iros! os voy a hacer fusilar, todo esto me pertenece, por favor, nooo...

*(Poco a poco van despidiéndose unos personajes de otros. Con cierta incomodidad del Falangista. El Chico y la Chica se dan un beso en la boca. Acompañan a los demás hacia los nichos. Todos entran en ellos, menos el Chico y la Chica, que van cerrando las tapas de quienes van desapareciendo en cada nicho. Luego los dos arrastran juntos sacos terreros para ponerlos sobre las trampillas de Franco, Millán-Astray y el Capitán Aguilera. Se giran, buscando en derredor, como si aún no hubiesen terminado.)*

CHICO: Ahora sí está todo, ¿no?

CHICA: Sí, yo creo que ahora sí.

CHICO: No sé...

CHICA: Te entiendo.

CHICO: Tengo la impresión de que falta algo.

CHICA: Siempre falta algo.

CHICO: Es verdad, las guerras no se acaban nunca.

CHICA: No te pongas tú intenso ahora, ¿eh?, que estamos llegando al final y si sigues por ahí, volvemos a empezar.

CHICO: Vale. Me callo. Pero es que...

CHICA: Ya, ya lo sé, no podemos terminar todo ahora. Porque esos siguen ahí.

---

CHICO: No quieren irse.

CHICA: No pueden irse.

CHICO: Su más allá está aquí.

CHICA: (Señalando al público.) Y ahí.

CHICO: Los asesinos.

CHICA: Las víctimas.

CHICO: Los muertos.

CHICA: Los fantasmas.

CHICO: Los vivos.

CHICA y CHICO: Somos nosotros.

El chico la toma de la mano. La escena se oscurece lentamente. Quedan en el suelo las luces navideñas que habían puesto a la cruz. Su luz intermitente de colores ilumina aún unos segundos el escenario.

OSCURO

**Nota del Autor**

Aunque se trata de una obra original, hay cuatro pasajes extraídos, y adaptados, de mi novela *La comedia salvaje*, editada en Alfaguara en 2011 y que reeditaré *Galaxia Gutenberg* en 2020.



# EL VALLE DE LOS MUERTOS VIVIENTES

(LA COMEDIA SALVAJE RELOADED)

Todo esto es absurdo, es un delirio. ¿Qué hacen esos muertos y esos vivos -que quizá son los mismos-, discutiendo a voces, contando sus historias como si temiesen que las olvidemos? Con tal bullicio en la cripta no hay quien descanse en paz. Por eso Franco asoma de su tumba para intentar poner orden, pero nadie le hace caso, hasta pretenden arrastrarlo a otro sitio. Con lo a gusto que estaba él. En esta obra disparatada y triste a la vez, los muertos se levantan de sus tumbas para decirnos que siguen a nuestro lado y nos sugieren que quizá los muertos somos nosotros.

[www.lamarea.com](http://www.lamarea.com)